



Año I

Madrid, 27 de junio de 1937

Organo del III C. de

Núm. 9

EDITORIAL

EL EJERCITO DEL PUEBLO
Y LOS CAMPESINOS

Los soldados del tercer Cuerpo de Ejército han realizado una obra de alta categoría patriótica y moral ayudando en las faenas de recolección a sus hermanos de clase los campesinos. No tratamos aquí de encomiar esta acción; ella por sí sola se alaba. Tratamos simplemente de exponer que esta obra nace de una disciplina y una educación adquirida por los soldados en largos meses de enrolamiento en el Ejército popular.

Todo Ejército que nace del pueblo, que sirve para mantener la conquista del pueblo y salvaguardar sus intereses, es una escuela «ruda, necesaria y útil». El Ejército popular, ya lo decíamos en otro número de nuestro periódico, aunque tiene por misión primordial derrotar al fascismo, tiene otra misión de importancia que cumplir: la de crear hombres aptos para un futuro sin esclavitud y lucha de clases.

Estos hombres aptos para un mañana histórico, en que las consignas de construcción sucedan a las de guerra, se están forjando ahora, en la dureza de los combates y de las trincheras; en «la escuela ruda, necesaria y útil» de un Ejército del pueblo y para el pueblo.

El campesino de la España leal puede estar contento, y más el que trabaja en los campos cercanos a los frentes de combate. El agro ha dejado de ser la estampa sombría de la antigua España. En los momentos angustiosos de la guerra, sumidos en una penosa contienda, comienzan a surgir los primeros frutos revolucionarios: los soldados ayudan a los campesinos en sus tareas porque comprenden la solidaridad de hermanos de clase.

Este es el Ejército del pueblo, que pelea por que la esperanza del campesino, que ve invadidos sus campos por mozos alegres que le ayudan sin interés particular ninguno, sea una realidad lo más pronto posible.

Sí, lo será; la guerra es dura y larga. Pero al fin, el amanecer de un día de victoria verterá sus resplandores sobre la negra noche de la guerra. Estos hombres que empuñan el fusil y que ayer llegaron a engrosar el Ejército popular, indisciplinados e ignorantes, mañana, con la consciencia adquirida en la lucha, serán los constructores de una nueva Patria: la Patria libre de los obreros y campesinos de España.



(Pasa a la pág. 2)



DIARIO DE UN SOLDADO ROJO,
Nathan Lipman. Ediciones Euro-
pa - América

«Diario de un soldado rojo», de Nathan Lipman, sugiere con su sencillez. Tiene el encanto y el atractivo de las obras labradas a golpes de escoplo revolucionario. La joven generación literaria que ha nacido en Rusia con la Revolución de Octubre goza de este don. Lipman, en su obra, no es colorista. Huye de la pintura local y realiza, por el contrario, una labor universal pura. Está lejos de las hogueras que arden en el suelo ruso con leña de los bosques patrios. Ivan Bunin, encerrado en sus aldeas valetudinarias y tradicionales, con «barines» degenerados por vicios seculares, con «mujiks» hambrientos y esclavizados, está lejos de la órbita limpia que los escritores soviéticos como Nathan Lipman se han trazado. El «Diario de un soldado rojo» está frente a la vieja literatura que cayó con el imperio de los zares, y está, también, en pugna con la literatura pacifista que surgió de la gran contienda.

Nathan Lipman vive con el mundo nuevo, y para Lipman la vida en el Ejército Rojo es alegre y laboriosa, lejos de las tintas sombrías de los demás ejércitos: «una escuela ruda, necesaria y útil». La vida en el Ejército Rojo tiene que cambiar, ineludiblemente, con relación al Ejército viejo de Rusia y a los demás de los distintos Estados burgueses. Es el Ejército del pueblo que monta la guardia sobre un país inmenso, integrado por razas y pueblos dispares, donde se construye la vida socialista.

El retrato más fiel del Ejército Rojo está aquí, en la narración de Nathan Lipman. Retrato sobrio, sin artificios literarios, pero exacto y fiel. Bebel escribió sobre Budionny y su famosa caballería, pero Bebel hizo una obra de tonos épicos. Lipman, como dice Vailant-Couturier, «en un lenguaje simple y claro, describe la vida de un soldado rojo en 1929».

Hasta ahora, lo que leíamos en las páginas de las novelas de los escritores soviéticos constituía para nosotros un mundo extraño, completamente distinto al nuestro. Vivíamos esos momentos trágicos en que el proletariado se agitaba sordamente frente a la tiranía capitalista, que mantenía bajo su control todos los resortes del Poder. Hoy Lipman no produce extrañeza. El proletariado español ha surgido ya del fondo de la obscuridad y de la miseria a los planos superiores de la vida social, y por esto estamos más cerca de los novelistas soviéticos rusos que hablan un lenguaje común, asequible a los anhelos emancipadores, que de los escritores tradicionales nuestros.



La Artillería en el ataque

II

El esfuerzo de la Artillería no consiste solamente en llevar al sitio conveniente un cierto número de baterías nuevas. Esto constituye la operación final del refuerzo. Antes de llevar las baterías se necesita, por parte del mando y de la Artillería ya emplazada, un trabajo de previsión y ejecución que abarca los puntos siguientes:

- 1.º Fijar las misiones de los diversos grupos de refuerzos.
- 2.º Determinar sus emplazamientos en armonía con estas misiones.
- 3.º Cada batería establecer el estudio de posición.
- 4.º Busca de observación.
- 5.º Determinación de los planos y grupo de masa.
- 6.º Establecimiento de los enlaces de todos estos órganos.
- 7.º Preparación de las municiones

Ha caído un jefe y un héroe de las Brigadas Internacionales

(Viene de la pág. 1)

rama, en Guadalajara. En todos los sitios a la cabeza de su unidad, codo a codo con las Brigadas más famosas del nuevo y glorioso Ejército popular español, supo escribir páginas memorables de valor y de saber militar, páginas que quedarán en la Historia.

En pocos días supo hacer de su unidad un modelo de organización, de ardor combativo y de capacidad de acción.

Fué uno de los más convencidos ejecutores de las directivas del Gobierno del Frente Popular para la creación de un Ejército fuerte, disciplinado y unido bajo un mando único.

Fué un inapreciable animador en la realización, en su unidad, de esas directivas del Gobierno.

El azar ciego de la guerra ha quitado al Ejército popular español uno de sus mejores generales; nos ha privado de uno de nuestros comandantes más capaces; nos ha privado, a todos nosotros, de un jefe, de un camarada, de un amigo. Pero nos quedan sus enseñanzas, nos quedan sus magníficos cuadros militares, educados en su escuela y con su ejemplo; nos queda su gloriosa unidad, que sabrá continuar las grandes tradiciones de valor y combatividad creadas por el general Luckas.

Sobre los restos de nuestro gran héroe, todos los combatientes españoles, todos los voluntarios de la libertad, como último homenaje, inclinan momentáneamente sus gloriosas banderas, que conocen ya las más grandes batallas y las más grandes victorias.

Pero en nombre del general Luckas mismo, de nuestro gran héroe desaparecido, levantamos inmediatamente nuestras banderas para volverlas a llevar a la batalla, para llevarlas delante en la lucha épica que combate el pueblo español en defensa de su libertad y de su independencia y en defensa del destino de toda la Humanidad avanzada y progresiva.

Luigi GALLO

Comisario delegado de Guerra e Inspector de las Brigadas Internacionales.

necesarias y de los medios para la constitución de los aprovisionamientos, etc.

Para guardar el secreto del ataque deberán tomarse las precauciones más minuciosas en todas estas operaciones:

a) Los movimientos que requieran la acumulación de municiones y las marchas preliminares de las baterías deberán hacerse de noche.

b) Las baterías no deberán ocupar sus emplazamientos hasta el último momento.

c) Deberán proibirse, a ser posible, todos los trabajos de remoción de tierras en los asentamientos, pues las fotografías los delatan, para lo que es auxiliar precioso el cambio de tonalidad, etc.

Si las baterías son de gran calibre, deben enmascarse cuidadosamente los trabajos preliminares.

d) Todos los tiros se prepararán por uno de los procedimientos que ya hemos dejado explicados, que permiten entrar desde luego en fuego con eficacia, buscando siempre la sorpresa.

Es necesario agrupar las distintas unidades, ya que si esta agrupación se hace necesaria para las que tengan la misma misión, para que un jefe único pueda dirigir las todas a la vez, la necesidad será más imperiosa, y es tanto más cuanto mayor sea el número de baterías que hayan de intervenir.

Examinados los principios, que son como los cimientos que han de sostener el edificio constituido por el empleo de las baterías, veamos cómo se agrupan los materiales que han de constituirlo.

Como sucede en un edificio, la agrupación de los materiales no se hace de una manera arbitraria; sería absurdo y haría reír una construcción cuyos cimientos o primeros apoyos fueran las tejas y se aspirase a colocar los macizos pilares de piedra por cubierta.

El empleo de la Artillería, que por ser una parte del arte militar, que es una ciencia, no es más que la acertada utilización de los medios de que dispone, y comoquiera, a su vez, que esta acertada utilización es función de la distribución de la Artillería, de aquí que la articulación de la Artillería en grupos no es absolutamente arbitraria, estando sujeta a las siguientes leyes generales:

1.ª Reunir, constituyendo grupos, la Artillería que tenga la misma misión o una homogénea; por ejemplo, la encargada del apoyo directo de un regimiento de Infantería.

2.ª Adaptar las agrupaciones dentro de la División (mínima unidad de combate) al dispositivo de la Infantería. Si la división, por ejemplo, debe atacar con dos o tres regimientos, otras tantas agrupaciones de apoyo directo serán las que deba haber; el resto de los grupos formarán una o varias agrupaciones de conjunto.

3.ª Respetar los lazos orgánicos. El rendimiento de los grupos mandados por sus jefes naturales es siempre mayor.

En ocasiones es difícil mantener estos principios en el interior de la División, porque puede obligar a su dislocación en el último momento, anulando enlaces desde largo tiempo establecidos entre los jefes de Infantería y Artillería, que se conocen, se comprenden y tienen confianza los unos con los otros.

4.ª En fin, no poner en una agrupación más de tres o cuatro grupos, para no complicar el mando demasiado.

Las armas automáticas

LA AMETRALLADORA

Al comenzar la Gran Guerra, el número de ametralladoras en servicio era muy escaso. Los principales ejércitos sólo tenían asignadas, en general, a razón de dos de ellas por cada batallón. Se las consideraba meramente como un refuerzo de fuego destinado a incrementar el de la fusilería, por medio de intensas pero breves intervenciones, en los momentos y lugares de combate en que se hiciese necesaria una excepcional intensidad de tiro.

Pronto se vió, sin embargo, que tenían aplicación eficaz en todas las fases del combate y que sus efectos excedían en mucho a lo que de ellas se esperaba.

Esto se hizo patente, sobre todo, en el combate defensivo. En la batalla del Marne, al pasar a la ofensiva el Ejército inglés, halló enconada resistencia por parte de las retaguardias alemanas, que, poco numerosas pero abundantemente provistas de ametralladoras, retrasaron considerablemente el avance de aquél, facilitando la retirada de sus respectivos gruesos.

Progresivamente, la persecución aliada se fué paralizando en todo el frente, y de lo mucho que en ello influyeron las ametralladoras da idea el siguiente episodio, referido por el teniente coronel Ducornez: El día 25 de septiembre de 1914, la 83 Brigada de Infantería francesa se hallaba detenida al norte de Sillery. Uno de sus batallones recibe orden de avanzar, y el comandante de la Brigada, general Krien, acude a ponerse a la cabeza de los atacantes. Llega a una guerrilla y, enarbolando su bastón, grita: «¡En pie! ¡Adelante!» El jefe de aquella tropa le detiene, diciendo: «Mi general, están muertos.» En efecto, una ráfaga de ametralladoras había segado instantáneamente una guerrilla, sin dejar un solo hombre ileso, y todos quedaron en sus mismos puestos.

Vino después la detención y organización defensiva de los alemanes en la línea del Aisne; las estériles tentativas francesas para forzarlas; la prolongación de entranchos frentes adversarios hasta el mar, y, tras las fracasadas ofensivas de los alemanes en el Iser y en Ipré, la estabilización y la guerra de trincheras, que había de durar más de tres años. Durante todo este tiempo, las ametralladoras, favorecidas por el auxilio de la fortificación, por la creciente maestría en su empleo y por el aumento de su número, iban desempeñando su papel, cada vez más preponderante, en la defensiva. Resguardadas por las trincheras y poco vulnerables, además, por sus escasas dimensiones, al bombardeo de la artillería, resultaba que, por muy potente que fuese la preparación del ataque, siempre, al llegar el momento del asalto, quedaban intactas algunas ametralladoras, y delante de ellas algunos restos, cuando menos, de alambradas, que, aun destrozados y revueltos, imponían cierto retraso al avance del agresor, y bastaba, por breve que fuese este retraso, para que el rápido y preciso tiro de las ametralladoras a tan corta distancia destruyese a los asaltantes, haciendo fracasar

una y otra vez los ataques más potentes e impetuosos. Generalmente, las trincheras estaban dispuestas en línea quebrada y discontinua, y las ametralladoras solían instalarse en los salientes de ellas, flanqueando los espacios intermedios, de modo que al atacar uno de éstos, los atacantes, a medida que se internaban, caían sucesivamente bajo el fuego del flanco y de revés de las ametralladoras colaterales, y ello era fatal, ya que el haz de proyectiles constituía una barrera ineludible, por interceptar perpendicularmente la dirección del avance, e infranqueable, por estar formada por el incesante desfilde de 500 proyectiles por minuto.

La eficacia de las ametralladoras despertó un gran entusiasmo en pro de ellas y, por consiguiente, un progresivo aumento de su número: las dos o tres ametralladoras por batallón de los primeros tiempos de la guerra ascendieron sucesivamente a cuatro, a ocho y, finalmente, a doce y aun a dieciséis máquinas.

Reanudada la guerra de movimiento con las grandes ofensivas alemanas de mayo a julio de 1918, el principal obstáculo que a ellas se opuso, según confesión del mando alemán, fueron los nidos de ametralladoras francesas e inglesas, y otro tanto puede decirse de las ametralladoras alemanas en el curso de la victoriosa contraofensiva aliada emprendida el 18 del mismo mes de julio y prosseguida ya sin interrupción hasta el término de la guerra.

La génesis del tanque

(Viene de la pág. 3)

En plena guerra ya, todavía continuaron así las cosas por algún tiempo. Se sabía y se veía que la «oruga», extendiendo incesantemente ante las ruedas del vehículo no sólo el carril para guiar su movimiento, sino una anchura base sobre la que se distribuía el peso total, podía circular por terrenos completamente impracticables para los automóviles ordinarios, ya que las ruedas de éstos se hundían en todo suelo un poco blando, por mucha que fuera la anchura de sus llantas. Y a todo esto los automóviles ordinarios, más o menos blindados, estaban funcionando con muy escaso éxito en la guerra, y los técnicos civiles y militares buscando, como quien busca candela, el medio—¡que tenían ya en su mano!—de hacer de aquéllos verdaderos carros de combate.

«¡Que te quemas!», debió de susurrar algún invisible acólito de Marte al oído de los técnicos susodichos. Y esta advertencia no cayó en saco roto. Sus primeros efectos ostensibles consistieron en unas experiencias realizadas por la oficialidad del Royal Naval Air Service (Real Servicio Aeronaval). Visto su buen resultado, se recomendó, ya casi «a tiro hecho», la construcción de un «acarrazado terrestre» a Mr. Tennyson, de Elyncourt, director de las construcciones navales. Y asistido este señor de varios otros técnicos militares y civiles, quedó constituido el que se llamó departamento de tanques.



La génesis del tanque

Los carros de guerra de los asirios, los "falcados" de Ciro y de Artajerjes, los hermanos del que arrastró el cadáver de Héctor ante los muros de Troya, los que fueron suprema esperanza de Dario en la batalla de Arbela y tantos otros iguales o semejantes, aparecen y desaparecen en el mito y en la historia, sin dejar progenie en la que se illustren y perfeccionen las cualidades heredadas.

En la Edad Media, y tal cual vez en la Moderna, resurge la vieja idea del carro bélico, aliada con algún modesto adelanto a usanza de los tiempos respectivos; pero estos intentos apenas logran otra existencia que la puramente imaginativa en la fantasía de sus autores, cual sucedió con el famoso proyecto ideado por Leonardo de Vinci.

Ya en la Edad Contemporánea, inventado el tren y posteriormente el automóvil, se procura, cada vez con más empeño, dar a tales vehículos—¿cómo no?—aplicaciones guerreras. En Alejandría en 1882, y en el Transvaal en 1899-900, los ingleses emplearon trenes blindados, con éxito por cierto poco satisfactorio, y en Egipto, en la expedición contra los "Senussi" vemos también a los ingleses hacer uso de un automóvil blindado.

Al comenzar la guerra europea el empleo en ella de esta última clase de vehículos era cosa descontada. Los alemanes, en la invasión de Francia y de Bélgica, se valieron de ellos, ya para apoyar a la caballería o a las vanguardias de las columnas, o ya para incursiones y reconocimientos locales; bien pronto los emplearon, asimismo, el Ejército francés y el belga. Se trataba de camiones y coches de turismo más o menos protegidos, armados con ametralladoras y cañones o simplemente con los fusiles de los ocupantes.

Alguna que otra vez, justo es decirlo, los resultados fueron verdaderamente admirables. Así, por ejemplo, en 1916, cuando la invasión de Rumania por los germanos, un "auto" blindado alemán, después de franquear el paso de Szurdok, avanzó hasta Valeni, y sorprendiendo un batallón rumano le cogió bajo el fuego de sus tres ametralladoras y le destruyó materialmente en menos de un minuto, haciéndole 300 muertos y 150 heridos; seguidamente atacó los atrinchamientos en construcción al nordeste de Valeni, y enfilando al enemigo con su fuego de flanco le obligó a retirarse.

Pero de tales casos entraban, como se supondrá, muy pocos en libra. El automóvil blindado tenía el capital defecto de estar fatalmente ligado a los caminos y de que, aun para circular por ellos sin que las ruedas se hundiesen, había que limitar el peso de los vehículos, reduciendo su protección a un somero y parcial blindaje, que ni siquiera bastaba a cubrir todas sus partes vitales. Para convertirlo en una verdadera máquina de guerra se hacía indispensable hallar "algo" que le permitiera circular por toda clase de terrenos y a través de los múltiples obstáculos del campo de batalla, y todo ello soportando el enorme peso no sólo de su tripulación y de su armamento, sino de un blindaje mucho más completo y resistente.

Y es lo curioso que ese "algo" indispensable estaba ya inventado desde hacía la friolera de unos ciento cincuenta años. El país en que se inventó era una colonia inglesa que había de convertirse no mucho más tarde en los Estados Unidos de América del Norte. El inventor se llamaba Ricardo Lowell. El invento en cuestión era lo que, en inglés, se llama "caterpillar" y en español decimos "oruga".

La «oruga» encontró bien pronto aplicación fructífera y, por cierto, lo más pacífica del mundo, puesto que empezó por aplicarse a los tractores agrícolas. Por caso raro, parece que se tardó bastante tiempo en vislumbrar su posible utilidad para fines militares; pero, al cabo, ello tenía que suceder y sucedió. Antes de estallar la gran guerra, el Ejército británico empleaba ya los tractores de «oruga»; pero se contentaba con aplicarlos al arrastre de la artillería pesada.

(Pasa a la pág. 2)



LOS ORIGENES DEL EJERCITO ROJO

«... El ejército revolucionario es necesario, porque las grandes cuestiones históricas sólo pueden ser resueltas por la fuerza y porque en la lucha contemporánea la organización militar es la organización de la fuerza.»

Lenin.

I

En 1905, cuando la primera revolución rusa, en los grandes centros industriales fueron creados «puestos de combate», formaciones obreras organizadas en todas las grandes fábricas. Estas tropas obreras, mal armadas, infligieron sangrientas derrotas, desde 1905 a 1907, no sólo a la Policía, sino a los soldados regulares

del zar en San Petersburgo, Kharkov, en el Ural, en el Cáucaso, a orillas del Báltico.

1905 señala también el comienzo de la penetración de la acción revolucionaria en el Ejército ruso. Los movimientos de masas no dejaban de influir profundamente en los regimientos. El 8 de diciembre, los cosacos fraternizaban con la muchedumbre en la Strastania Plochtchad y se retiraban entre aclamaciones. La víspera, en la Sierpoukhovska, los soldados se habían incorporado a los insurrectos al son de «La Marsellesa», y sólo penosamente pudieron ser retirados a los cuarteles por sus jefes. Los artilleros de Rostov marchan sobre Moscú, y en

Kolomna las tropas de Ingenieros fueron desarmadas. Los marinos del «Potemkin» se hicieron dueños de su navío.

Los años siguientes ven formarse los círculos militares de propaganda revolucionaria. Periódicos ilegales como «La Voz del Soldado», «Los Hechos del Día», «El Mensajero del Ejército», «El Soldado», «La Vida del Soldado», «El Cuartel», son editados y difundidos por miles en los cuarteles, a pesar de la vigilancia y de la represión implacable de la Policía.

En la lucha por llevar el Ejército a la revolución, los futuros vencedores de Octubre aprenden a conocer mejor su importancia y comprenden la necesidad para el proletariado de arrastrarlos tras de sí al asalto del Poder. Una vez logrado este fin, saben que el Ejército deberá ser organizado para la salvaguardia del Estado revolucionario.

11 y 12 de marzo de 1917. En Petrogrado, el motín ruge. Bajo la presencia de la efervescencia popular, de los soldados y marinos insurreccionados, el zar abdica. La burguesía se instala en el Poder; pero la revolución ya no puede ser detenida ni limitada. Kerensky, amenazado por Kornilov, abre los arsenales al pueblo.

El proletariado ruso tiene armas; ya no las abandonará; el Ejército de la revolución se forja. Se aumentará con todo lo que en el Ejército del zar toma partido por el orden nuevo. Con esos miles de paisanos iletrados e indisciplinados, que quieren librarse de la servidumbre y de la miseria, y combatiendo bajo los pliegues de la bandera del movimiento obrero, de ella sacará su nombre: El Ejército Rojo.

PASAJES DE LA GUERRA

(Viene de la pág. 4)

templar por los años y los años el histórico convento de La Rábida, los jardines de Colombú, el paseo de las palmeras, el horizonte que besó Colón con la mirada, el índice que señaló el Nuevo Mundo, el retrato memorial de los Pinzones.

¡Oh, mi viejo amigo! ¿Cómo será el Tinto mañana, cuando Espartacus llegue cantando sus glorias sobre el pedestal de sus muertos, con la valentía, la más grande de las valentías, de sus anónimos, de los héroes anónimos de Espartacus? ¡Oh!, cuando llegue Espartacus a aquellas tierras, mil veces queridas, preñadas de luz ayer, envueltas en sombra hoy, pondremos rosales, rosales que, en el mismo día, en la misma hora, en el mismo momento, nos darán rosas rojas, verídicas rosas rojas, que nos llenen las manos, y las depositaremos sobre el montón terrible, grandísimo, que tapa para los siglos nuestros asesinados, nuestros hermanos caídos para siempre.

No llores, viejo amigo, no llores. Ya llegaremos. Ya sé que no tienes quien te dé el abrazo. Cayeron, lo sé. Cayeron tus hijos, pero cayeron como anarquistas, valientes, serenos ante la muerte y cantando sus ideas, nuestras ideas, como Muhsar ante la tumba abierta para tragarle; en vez de cantar los cantos del feudal, como querían las fieras, cantaron nuestros himnos de guerra. Y hablaron las pistolas, poniendo una firma de muerte sobre los cuerpos viriles. Y murieron. Y cayeron a la fosa, donde esperan las rosas de sangre que les hemos ofrecido. ¡Lo haremos!

No llores, viejo amigo, no llores. Ellos cayeron, como cayeron muchos, porque tenían que caer. Las revoluciones se alimentan de las vidas de sus hombres selectos. ¡Y ahí tu gloria de padre y de maestro! ¡Oh!, cuando lleguemos a aquellas tierras, hoy en sombras, ayer en luz, sembraremos rosales, y en el mismo día, en la misma hora, en el mismo momento, recogemos las rosas para ofrendarlas a nuestros muertos. ¡Las rosas rojas de la sangre!

Antonio PEDRAZA

Comisario de Sanidad de la 77 Brigada mixta

Marcel KOCH



La 17 Brigada mixta ha comenzado también a publicar su órgano periodístico. Se percibe a simple vista que el interés que los comisarios y soldados tienen por la cultura es cada vez mayor.

Elogiamos también calurosamente al comisario de esta Brigada por su primer número. Es una salida tardía, pero oportuna, ya que un periódico se hacía esperar en una Brigada vieja, curtida por los rudos combates que ha sostenido.

En este número, el antiguo comisario Agudo traza unas líneas de caluroso elogio hacia la figura señera del comandante Castillo, hombre valeroso y que, a pesar de los años, ha dejado cumplidas proezas inolvidables en la guerra presente. Acompaña al panegírico de Agudo un admirable dibujo-retrato debido a la pluma del dibujante Vicente Martín.

Con la hoz y el fusil

Así lucha el heroico soldado del Ejército popular: hoy, con la hoz y el fusil; ayer, supliendo la falta de armas con raudales de heroísmo; mañana, con el pico y también el fusil, y siempre sin regatear el esfuerzo.

Donde la guerra exija su presencia, allí está. El soldado del Ejército popular sabe lo que hace falta para aplastar el fascismo. Por eso, aunque su misión inmediata, concreta, sea la de empuñar el arma, no vacila en empuñar también la herramienta de trabajo.

Este ejemplo magnífico, elocuente, debe alimentar las conciencias flacas de los que regatean todavía su esfuerzo a la gigantesca empresa que nos está encomendada.

Sin presentar factura, ayuda el soldado del Ejército popular a los campesinos; no ha marcado los límites a sus sacrificios. La guerra ha aumentado su generosidad, bastante demostrada en el tiempo que se lleva de lucha.

La ayuda desinteresada al campesino, a la producción, es claro exponente del sentido de administración de guerra que tiene el Ejército popular. Sólo eso cabe hoy: administrar la guerra.

Hay quienes no se dan cuenta, o no quieren darse cuenta, de esta verdad vital para nuestro triunfo, y marchando por un camino totalmente equivocado, pretenden empezar por administrar la victoria y obtener frutos antes de terminar la guerra. En nuestros soldados tienen los primeros contradictores para sus absurdas pretensiones.

Hay logreros de la revolución que emprenden las prácticas pseudocolectivistas, contrarrevolucionarias: engrosan el fondo de las colectividades despojando a los pequeños propietarios de sus utensilios, productos, etc., etc., y les obligan a ingresar en la comunidad. Estos logreros son los nuevos ricos de la revolución, contra quienes los soldados lanzan su desprecio.

Los campesinos saben bien quiénes son sus amigos y quiénes no; alzan sus puños empuñando la herramienta junto al soldado que empuña el arma; pero se resiste a aceptar las prácticas colectivizadoras de los mangantes de retaguardia. Los campesinos tienen confianza en los soldados del Ejército popular, y el Ejército popular ha sido engrosado por los revolucionarios más puros. Por ser los más puros son los más generosos. Los campesinos no vacilarán en adherirse a la conducta que sigan, después del triunfo, los que ahora les defienden en las trincheras y en los campos les ayudan a recoger los frutos de su esfuerzo.

Nicolás GARCÍA



Pasajes de la guerra

ISKRA

Órgano de la 23 Brigada Mixta



Oye, tú, viejo hermano. ¿Por qué no me hablas? Sí, debes recordarme. Yo soy aquel que te acompañaba charlando, años ha, carretera de Riotinto adelante, siempre adelante, hacia los huecos de la mina, huecos profundos y escalonados como circos romanos, que envueltos en el mutismo sepulcral de la noche esperaban el sacrificio de las víctimas.

¿No me conoces? Recuerda; que pase por la cinematografía de tu memoria un cuadro y otro cuadro, y verás cómo recuerdas al chaval que iba contigo y los otros hermanos mineros, como uno más, en la caravana de fantasmas que parecía por la carretera negra, rodeada de negrura por doquier, interrumpida por el brochazo claruzco de uno que otro edificio, hacia la exposición tétrica del episodio dantesco.

No es raro que no me recuerdes de pronto. Han pasado muchos años, y a ti, viejo hermano, te han coronado de canas la cabeza, te ha surcado el arado de los años la superficie de tu cara, y en venganza, ¡no sé de qué!, te ha dejado las ranuras de las arrugas.

Yo también he variado. ¡Oh los años! ¡Oh la guerra! Ya tengo barba; mi voz ya es bronca. Yo no creceré más; he llegado a ese plano medio de la vida donde la balanza de la economía humana, comparando los gastos de la materia y la asimilación de la misma, está en el fiel.

Tú quedaste en la cárcel. Yo marché a la deportación. Años han pasado, y años de semilla. Tú por las tierras mineras, fertilísimas tierras para el rocío de semillas ideológicas. Yo, por muchos pueblos, haciendo una parada allí donde los vientos de mi vida se apagaban, y volviendo a andar cuando el huracán del infortunio o el aura del deseo me empujaba.

Tú, luchando viniste aquí. Yo, fugado aquí vine. Y aquí nos hemos encontrado. Tú ya viejo, temblándote el pulso y con la cabeza un poco hacia por el suelo. Yo en plano medio de la vida. Tú luchas. Yo lucho. Hasta morir, me dices. Hasta morir, te digo. No he variado, me afirmas. Yo, viejo amigo, yo no sé, ¡oh la guerra!

Qué alegría que el rosario de mi vida, de nuestras vidas, no perdiera todas sus cuentas hasta besar la cima de aquellas sierras, que besan a las nubes, con el reflejo de nuestras bayonetas.

Qué alegría que se prolongara el viaje de nuestra existencia hasta que el eco de las detonaciones de nuestras hermanas bombas no hagan trepidar las galerías de las minas, los túneles, tumbas periódicas de locomotoras y vagones cargados de mineral sangrante, los cerros con los vientres abiertos, los chorros de azufre en los calderos del infierno, queriendo lamer con su tinta de fuego amarillo, rápido y resplandeciente, como un meteoro en miniatura, a unos hombres en cueros, enjutos, mitad hombres, mitad momias...

Qué alegría de vivir más, hasta limpiar con nuestros cañones los paredones monstruosos que le quitan el sol a los que aún viven. ¿Quién quedará?

¡Qué rojo corría el río ayer! El Tinto. ¿No recuerdas del río Tinto, viejo amigo? Aquel que lamía la bata arenosa de su madre, dejando un beso, que se transformaba en una película amarilla, que rechinaba cuando la pisábamos, y, furiosa, se comía nuestro calzado y hacía llagas en nuestros pies. El Tinto. ¿No recuerdas de él? El que iba junto a la vía férrea, y en un juego loco corrían los dos hacia Huelva; uno, a llevar mineral sangrante para exportarlo; otro, para llevar agua sangrante hasta unirse con el Odiel y con-

(Pasa a la pág. 3)

La 23 Brigada tiene un periódico. No podemos por menos de felicitar a su joven comisario por la buena orientación y presentación de sus ocho páginas.

Está dedicado este número al primer Batallón de dicha Brigada, del que son comandante y comisario, respectivamente, los camaradas Commes y Lombao. En este nuevo órgano, la colaboración está compartida por igual entre los oficiales y los soldados. Hay una página, digna de elogio, dedicada a temas militares.

Ya casi todas las brigadas de nuestro tercer Cuerpo de Ejército tienen su periódico. Nosotros volvemos una vez más a insistir sobre este punto. El periódico de brigada es necesario, tanto por cuanto que el Ejército cumple una obra educadora y el periódico es uno de los motores impulsores de dicha obra.

La cultura en el Ejército

España, que siempre ha vivido un régimen despótico, ha tenido necesariamente que sufrir sus consecuencias. La cultura era patrimonio de unos pocos, ya que a las escuelas, a los institutos y a las universidades sólo podían concurrir los hijos de los terratenientes, de los adinerados, de los banqueros.

La clase trabajadora careció siempre de medios donde instruirse, y por ello el número de analfabetos es considerable, grandísimo, número que es preciso reducir en la medida de nuestras fuerzas.

Para ello, el Gobierno del Frente Popular hace de la cultura del pueblo un objetivo, y a lograrlo se encamina, sin tener en cuenta los múltiples problemas que la guerra plantea diariamente, sin reparar gasto que pueda elevar el nivel cultural del pueblo y, sobre todo, de salvar y conservar todo cuanto podía representar cultura.

Nuestro camarada Hernández ha logrado, sin algaradas ni ruidos, realizar una labor digna del Partido a quien representa. Ha logrado salvar de la metralla fascista, enemiga de la civilización y del progreso, a los grandes sabios, a sus bibliotecas y laboratorios; ha conseguido formar un presupuesto que ha maravillado a los grandes estadistas extranjeros, que lo han calificado justamente con el sobrenombre de presupuesto de cultura, por el cual se abren infinitas escuelas, etc., y por último, teniendo en cuenta la cantidad de miles y miles de analfabetos que en la actualidad son combatientes y que han carecido de medios donde formarse, crea las Milicias de Cultura para que su victoria sea más completa, para lo cual el combatiente empleará en instruirse los ratos libres que encuentre en su vida de soldado.

El nivel cultural del combatiente era pobre, la mayoría campesinos que carecieron de escuelas y de medios, y gracias a la actuación del Comisariado, Cuerpo creado con el mayor de los aciertos, se ha conseguido, aunque poco, formar algunas capacidades que hoy nos están siendo utilísimas.

Un comisario llegó a decir: "El fusil y el libro nos darán la victoria." Para ello vamos a capacitar a nuestros combatientes, y hemos de procurar que en breves días, lo antes posible, nuestros soldados lean, que interpreten y discutan pensamientos y doctrinas que ellos mismos adquieran en los libros.

G. GALLEGO

Prensa Obrera.—Juan Bravo, 3.—Madrid

